

abrumaba la carga que sobre él pesaba, y en aquellos momentos de cansancio moral solía vislumbrar perspectivas muy sombrías. Un día en que se pidió en el Palacio Borbón la supresión de las servidumbres militares que existían alrededor de París, hizo suyas las palabras de Vaubán á Luis XIV y replicó con tristeza que «los acontecimientos estaban sujetos á mudanzas y que era preciso prever la adversidad y preparar la defensa aun en el interior de Francia.» A estos desalientos sucedían arranques de confianza, y cuando se hallaba bajo esta impresión, empleaba un lenguaje de un plomo que llegaba á la infatuación. El día 7 de julio de 1868, decía en el Cuerpo legislativo: «Os declaro que, si llegase á ser necesario, ni uno solo de los hombres que han de figurar en nuestro ejército dejaría de estar incorporado en un plazo de doce días;» y en 12 de abril de 1869 expresábase en términos no menos arrogantes: «En la actualidad, que tengamos paz ó que estemos en guerra, al ministro de la Guerra le da lo mismo, porque á todas horas está preparado.» El mariscal estaba en lo más fuerte de su labor cuando le sorprendió la muerte en agosto de 1869. Este fin prematuro ¿fue cruel ó clemente para su fama? Muchas veces se ha dicho hablando de la política imperial: «Los grandes errores se habrían evitado si Morny hubiese vivido;» en lo militar, análogo homenaje póstumo se ha tributado con frecuencia á Niel. Sólo Dios conoce estas cosas; y la historia vivida contiene ya bastantes secretos para que no se añadan á ella los misterios de la historia conjetural.

¿A quién iría á parar la pesada herencia? En el mes de septiembre de 1869, el general Lebœuf se instaló en el ministerio de la Guerra, adonde llegaba con el recuerdo de la carrera más brillante y con la fama de la más perfecta integridad. Lo mismo en el ejército que en el Cuerpo legislativo, la voluntad imperiosa de Niel había quebrantado en buena parte las objeciones; con su sucesor, más accesible y de voluntad menos firme, prodújose una especie de relajación y renacieron todas las resistencias, con lo cual experimentó un retardo la obra comenzada. Varias comisiones dejaron de ser convocadas, especialmente la de ferrocarriles (1); varios reglamentos fueron derogados; abandonáronse ó poco menos los mediocres ensayos para la organización de la guardia móvil, y la consigna fué proclamar que la prudencia aconsejaba dedicar al ejército activo los recursos hasta entonces consumidos en pruebas estériles. Finalmente, al cabo de poco tiempo empezó á hablarse, bien que muy vagamente todavía, de algunas reducciones en los efectivos, y se dijo que con ello no se disminuirían sensiblemente las fuerzas materiales y que, en cambio, sería considerable el efecto moral que esta medida causaría en Europa. Bajo estos auspicios comenzó el año 1870.

## IV

La misma vigilancia que buscaba soldados buscaba aliados también. Apartada Rusia desde la insurrección de Polonia y mostrándose Inglaterra indiferente en las cuestiones continentales, sólo quedaban dos alianzas posibles: la de Austria y, subsidiariamente, la de Italia.

¿Se triunfaría en Viena? Entre Francisco José y Na-

(1) Véase general Jarras, *Souvenirs*, pág. 19.

poleón III había la sangre de Solferino, había la conducta equívoca de 1866 y había Maximiliano, comprometido y abandonado. A pesar de estos recuerdos, la inteligencia no pareció desde luego irrealizable. En 1867, el emperador de los franceses había ido á Salzburgo, donde trazó, aunque con cierta vaguedad, las primeras líneas de los acuerdos futuros. Dos meses después el emperador de Austria había visitado la Exposición, sembrando en su camino palabras muy confortantes. Hablando en Estrasburgo con el general Ducrot, le había dicho, según afirman: «Espero, general, que un día marcharemos juntos.» Y en París, en un discurso pronunciado en la Casa consistorial, había hablado de Francia como se habla de una nación amiga.

Lo que aumentaba las esperanzas eran las aspiraciones del hombre que dirigía la política austriaca. El señor de Beust, primer ministro de Francisco José, se distinguía por su odio á Bismarck, en quien veía á un rival. Era un personaje hábil y activo, al decir de sus amigos; agitado, al decir de sus adversarios, impaciente por desempeñar un gran papel, inconsolable de que este gran papel hubiese sido usurpado por otro. Con una imaginación inquieta no pensaba más que en la regeneración de su país y en la revancha de 1866, y ninguno de estos designios era realizable sin Francia.

Mientras este hombre gobernase el Austria, era de prever que surgirían incidentes entre las dos potencias alemanas. Los incidentes no faltaron. Surgieron á propósito de la hospitalidad que la corte de Viena concedía al rey Jorge, surgieron con motivo de los pasaportes hanoverianos. El lenguaje provocador de la prensa prusiana respecto al jefe del gabinete imperial dió lugar á otra querrela. Mientras tanto, los beligerantes de 1866 procedían, cada cual para su país, á trazar la reseña oficial de la campaña, y estas publicaciones despertaban dolorosos recuerdos y suscitaban irritantes debates. Luego vino la cuestión de los ferrocarriles belgas. El Sr. de Beust emitió el parecer de que el gobierno del rey Leopoldo podía, sin faltar á su dignidad y sin peligro para él, ceder á Napoleón: de ahí un gran descontento en Berlín (2). Con una satisfacción disimulada aunque muy natural, Francia enumeraba los disencuentros. Todo lo que separaba Austria de Prusia acercaba la corte de Viena á la corte de las Tullerías.

El más celoso en anudar la inteligencia era nuestro embajador, el Sr. duque de Gramont, el cual odiaba también á Bismarck. Su elevada alcurnia le había valido numerosas relaciones en la aristocracia vienesa, donde había recogido contra Prusia expresiones irritadas ó belicosas y, apoyándose en este lenguaje sin tener siempre en cuenta la exageración ó la cólera, se había afirmado en sus propias convicciones. En su correspondencia ponía hábilmente de relieve los intereses comunes de ambos pueblos, señalando con extrema vigilancia los indicios de tensión entre Berlín y Viena. En las Tullerías, Austria aparecía siempre como una potencia de antiguo régimen y, por tanto, se vacilaba algo en unirse á ella. En sus despachos, el Sr. de Gramont procuraba disipar estas prevenciones: hacía valer las tendencias liberales que prevalecían cada vez más entre los consejeros de Francisco José, y se apoyaba en el testimonio

(2) Véase *Mémoires* de M. de Beust tomo II, pág. 211.

del príncipe Napoleón, quien, en una reciente visita á Viena, había observado este cambio. Inspiraba al gobierno de París las diligencias afectuosas, las atenciones delicadas que cimentarían la unión entre ambas cortes. Como la emperatriz de Austria estaba á punto de ser madre, el duque telegrafió en 21 de abril de 1868: «El Sr. de Beust me ha insinuado que Sus Majestades austriacas se alegrarían mucho de recibir una carta de Sus Majestades en el momento del parto.» Poco tiempo después, en un largo despacho, precisaba en lo posible las disposiciones del gobierno vienés: «El barón de Beust y el emperador de Austria, escribía, desean mantener y aumentar sus buenas relaciones con Francia, pero creen necesario no darles el carácter exterior de una alianza política ofensiva y defensiva en previsión del porvenir.» Esto dicho, el embajador se apresuraba á atenuar la impresión de desengaño que esta información había de producir: «El Austria, continuaba escribiendo, no dejará violar el tratado de Praga en provecho de Prusia y resistirá á la anexión del Sur; no ha renunciado á ocupar un puesto en la patria alemana... Para realizar este programa, el gabinete de Viena llama en su ayuda el concurso de las fuerzas morales sobre que puede contar para disgregar la obra prusiana; se fortifica en el interior; enarbola la bandera del liberalismo alemán; organiza las fuerzas materiales del imperio para el día en que haya necesidad de combatir. Entonces se formarán las alianzas y éstas serán leales (1).» Al principio de 1869, el embajador empleaba un lenguaje casi igual. Convenía «en que el Austria era más ajena que nunca á toda idea belicosa.» Pero ¡qué estímulos no contenían las líneas siguientes! «Puedo decir que antes de seis meses no es posible hacer la guerra. Y dentro de seis meses Prusia no será más fuerte, mientras que la monarquía austro-húngara lo será mucho más.» La política de acción parecía, pues, no descartada, sino aplazada, y, bajo una forma negativa, casi se parecía indicar la duración del plazo. Como para fortalecer las esperanzas, el duque de Gramont repetía las conversaciones de los salones: «Me dicen: «Prusia no espera más que un pretexto y nosotros no estamos preparados; de modo que os encontraréis solos; esperad aún: pronto seremos dos, si queréis...» No hay nada oficial en estas palabras, añadía el duque de Gramont; pero traducen con fidelidad los sentimientos cuya expresión recojo sin cesar (2).»

Transcurridos dos años en estas mutuas coqueterías, hubo que salir de los prolegómenos, y entonces comenzaron los apuros. Hay libros que son todo prefacio. La alianza franco-austriaca fué uno de esos libros.

Cuando Austria pensaba en la magnitud de sus desgracias, se apoderaba de ella un inmenso deseo de revancha. Pero, en medio de sus más ardientes aspiraciones, se alzaba ante sus ojos la imagen de la derrota posible: ya no sería la disminución de fuerzas como en 1866, sino el desmembramiento. Ante semejante perspectiva, el temor de perderlo todo aplazaba el designio de recobrarlo todo.

Cuando los hombres de estado vieneses calculaban

(1) Despacho del 8 de agosto de 1868 (*Correspondencia inédita*).

(2) Despacho del 24 de febrero de 1869 (*Correspondencia inédita*).

todo lo que les aproximaba á la corte de las Tullerías, repetían estas palabras de María Teresa: «No hay que pensar ya más en las viejas preocupaciones que nos separan de Francia; seremos derribados uno tras otro si no nos unimos.» Sin embargo, la reflexión volvía á presentarles la mano de los Bonaparte en todas sus desgracias, y estos pensamientos aflojaban los lazos dispuestos á estrecharse.

Soberano alemán, el emperador Francisco José sufría con impaciencia que Alemania se hubiese constituido sin él y contra él; pero representaba intereses complejos, puesto que tenía súbditos de toda nación, tcheques, polacos, ruthenos, croatas, italianos, rumanos y húngaros. Estos pueblos no tenían injurias que vengar y les importaba poco la hegemonía germánica; la Hungría hasta era muy hostil á la idea de una guerra que, en caso de victoria, hubiera aumentado la influencia del elemento cisleitano.

La aristocracia y el partido militar deseaban una política de acción; pero el estado financiero, los amargos recuerdos de las últimas luchas, las tendencias de la prensa, casi enteramente en manos de Bismarck, todo mantenía en las masas la idea de la paz.

A esto se añadían las sugerencias de una política muy refinada. Había que mantener á la corte de las Tullerías en la idea de una alianza; si no, la Francia, desalentada por la parte de Viena, podría hacer una brusca evolución hacia Prusia. Pero ¿era prudente ir hasta los acuerdos positivos? ¿La mayor habilidad no consistiría en ofrecerse sin entregarse, en hacer alto en el terreno un poco vago de las semiseguridades, y sobre todo en dar largas á los compromisos escritos? Un temor dominaba además entre los consejeros de Francisco José, y era el de que á una alianza entre Viena y París siguiese inmediatamente otra entre Berlín y San Petersburgo. La aprensión, lejos de ser quimérica, se fundaba en las propias declaraciones del príncipe Gortchakof. «No tenemos alianza con Prusia, decía en 1869 el príncipe al Sr. de Beust; pero no nos hemos obligado á no contraerla en lo porvenir. Por ejemplo, añadía con marcada intención, si estallase una guerra entre Francia y Prusia, y si ésta tuviese que contaros entre sus enemigos, nos reservaríamos nuestra libertad de acción.—Y *viceversa*,» replicó vivamente el Sr. de Beust, celoso de estipular en provecho de su país la misma libertad (3).

Esta complicación de sentimientos é intereses presagiaba dificultades quizá insuperables. Si la inteligencia entre dos ofrecía tales obstáculos, ¿cuál no sería, para una inteligencia entre tres, el aumento de las dificultades! Sin embargo, surgió la idea de asociar Italia á la combinación franco-austriaca. En apariencia, era anudar contra Prusia una especie de coalición. En realidad, era transformar una obra difícil en una empresa casi imposible.

Para ello había que fundir juntos á todos los que, en el pasado, se habían combatido. El Austria, arrojada de la Península, tenía que dar la mano á los que la habían expulsado de ella. Entre Francia é Italia había la sangre de Mentana, y había Roma que Víctor Manuel acechaba y que Napoleón no podía entregar. El pueblo austriaco, por necesidad de situación, y el pueblo ita-

(3) Correspondencia del Sr. duque de Gramont.



liano, por temperamento, eran los pueblos más atentos á evitar los peligros, los más absorbidos en su interés propio, y estos dos pueblos eran los que habría que asociar á Francia en las coyunturas más graves que jamás hubiesen existido. ¿Quién sería el enemigo? Bismarck. Pero Italia, la antigua obligada de Francia, había sido recientemente la aliada de Prusia.

Los inextricables obstáculos estaban en la necesidad que se tenía en París de una alianza. A fuerza de buscar indicios favorables, se descubrieron algunos. El gabinete de Viena, desentendiéndose cada vez más de las cuestiones de la Península, se había acercado poco á poco á Italia: en Florencia se alegraban de que el señor de Beust, como sajón, fuese muy ajeno á los antiguos rencores austriacos y, como protestante, poco afecto al papa. Además diversas circunstancias habían alejado el gobierno italiano de la corte de Berlín. Las publicaciones relativas á la guerra de 1866 habían establecido hasta la evidencia en los hombres de Estado y en los generales prusianos el designio de tratar á Italia menos como aliada que como subordinada. Tal era sobre todo el sentido de un despacho escrito en vísperas de las operaciones militares por el Sr. de Usedom, ministro de Prusia en Florencia: de aquí, para el patriotismo nacional, una herida de amor propio cruelmente sufrida. Entre la corte de las Tullerías y la corte de Florencia subsistía sin duda la cuestión romana. Sin embargo, Francia, interrogada sobre la época de la evacuación, más bien eludía la respuesta que formulaba una negativa. El desenlace esperado, no me atrevo á decir deseado por los italianos, sería quizá la muerte de Pío IX. Según todas las apariencias, Napoleón se consideraría menos comprometido con su sucesor. Y quizá este sucesor sería menos rebelde á toda transacción.

Entabláronse negociaciones, pero oficiosamente y con gran misterio. Iniciados en 1868, fueron menos inconsistentes en 1869 y circunscritas entre algunos hombres como los señores de Beust, de Metternich y de Vitzthum por Austria, el Sr. Vimercati por Italia y el señor Rouher por Francia (1). Nuestro embajador, Sr. de Gramont, no fué puesto en el secreto y no se enteró hasta mucho más tarde, cuando salió de Viena para encargarse del ministerio de Negocios extranjeros. ¿Qué pasó entre los iniciados? La insuficiencia de documentos positivos no permite seguir los detalles de las negociaciones; pero, reuniendo las confidencias dispersas, se puede reconstituir su conjunto. Mientras no se salió de las generalidades, no se alteró la armonía. Cuando se trató de pasar de la *inteligencia hablada* á la *inteligencia escrita*, se revelaron los dispendios. El Austria, cuidadosa, sobre todo, de disminuir los peligros, se ofrecía y se negaba á la vez. Quería una alianza que no la comprometiese mucho, una alianza defensiva, es decir, para el mantenimiento de la paz. Aspiraba á conservar la facultad de permanecer neutral, aun en el caso de una guerra franco-prusiana, y no consentía en ligarse sino para el caso en que Rusia interviniese en favor de Prusia (2). El Sr. de Beust propuso que las tres potencias se comprometiesen á seguir en todas las cuestiones

(1) Véase *Mémoires de M. de Beust*, tomo II, pág. 323.

(2) Despacho del Sr. de Beust al Sr. de Metternich, 11 de julio de 1870, y carta del Sr. de Beust al Sr. de Gramont, 4 de enero de 1873.

diplomáticas una política común. Esto era sostener á Francia y encadenarla al mismo tiempo. Este último proyecto no fué aceptado en París (3); y ello fué sin duda lo que más tarde permitió al primer ministro austriaco decir al representante del emperador Napoleón: «No fué culpa mía si no hubo tratado; yo tenía empeño en que se concluyese y vosotros no quisisteis (4).» En septiembre de 1869 la negociación fué cerrada, provisionalmente al menos, mediante cartas cambiadas entre los soberanos. Si hemos de dar crédito al Sr. de Beust, dichas cartas contenían un solo compromiso, el de no entenderse, sin conocimiento de los demás, con una tercera potencia. Esta estipulación respondía á una de las principales solicitudes de Austria. En Viena reinaba, en efecto, un temor permanente: el de que Francia se orientase, con un cambio brusco, hacia Berlín.

En Florencia, el resultado no fué menos engañoso. Fiel al recuerdo de los antiguos servicios, Víctor Manuel se inclinaba á la unión. Era preciso conocer muy mal al gobierno italiano para creer que arriesgaba tamaña empresa sin una ventaja tangible. La condición del acuerdo sería la retirada del cuerpo de ocupación, la vuelta al convenio del 15 de septiembre y el reconocimiento del principio de no intervención. Aun así, ¿se hubiera anudado sólidamente la alianza? Es dudoso. Asegúrase que el Sr. de Beust apoyó con todas sus fuerzas al gabinete de Florencia. Napoleón negóse al abandono del soberano pontífice; consideraba ligado su honor, al menos respecto á Pío IX. Las negociaciones con Víctor Manuel y con Francisco José fueron al mismo tiempo aplazadas *sine die*. Entre Florencia y París, como entre París y Viena, mediaron cartas, en las cuales se manifestaba la esperanza cortés de reanudar más adelante los cambios de impresiones si las circunstancias se modificaban (5).

En el orden diplomático no siempre lo inútil es inofensivo. Las negociaciones permanecieron secretas, pero lo que de ellas se traslució fué suficiente para crear una opinión engañosa que estimularía la presunción. El público nada supo de positivo; pero sorprendió palabras, fragmentos de frases, dió una significación á las idas y venidas de los agentes oficiosos y creyó que se urdía con paciencia alguna trama inteligente. El aspecto exterior de las cosas no dejaba de dar cierta verosimilitud á estas ideas. Al ver entrar á Metternich á todas horas en las Tullerías como un verdadero favorito; al oír á Nigra, familiar de palacio, prodigar las lisonjas; al notar en el rostro del duque de Gramont, embajador de Francia en Viena, una satisfacción soberbia, nadie podía persuadirse de que toda aquella intimidad no fuese más que superficial, de que todas aquellas amabilidades no fuesen más que estratagemas, de que tanta alegría no fuese más que infatuación. Los cortesanos cuchichearon que la alianza estaba casi hecha y los corredores de noticias la dieron por concluída, aunque secreta. La ilusión acabó por

(3) Véase *Mémoires de M. de Beust*, tomo II, pág. 330.

(4) Entrevista del Sr. de Beust con el marqués de Cazaux, 9 de julio de 1870 (*Correspondance de M. le marquis de Cazaux*, página 145).

(5) Véase *Les Alliances de l'Empire*, por el príncipe Napoleón (*Revue des Deux Mondes*, 1.º de abril de 1878, págs. 493-494). Véase también *La Vita ed il regno di Vittorio-Emmanuel II*, por Massari, págs. 502-503.

ganar á los mismos que, teniendo en la mano los hilos, debieran haber sabido cuán frágiles eran éstos. «El emperador de los franceses, ha escrito después el príncipe Napoleón, creyó tener con las cartas del emperador de Austria y del rey de Italia la seguridad de que dichas cartas podrían, en un momento dado, servir de base para la redacción de un tratado que no habría más que firmar (1).» De este modo se afirmó una confianza funesta. Entre París, Florencia y Viena se habían cambiado muchas palabras, pero ninguna de ellas tenía fuerza obligatoria. Aquellas palabras, voluntariamente equívocas, eran de las que, en caso de victorias, se llamarían compromisos, y en caso de fortuna adversa ó dudosa, se borrarían para siempre.

## V

Todo lo que era para Francia motivo de ansiedad se convertía para Prusia en motivo de confianza. ¿Buscaba ésta la guerra desde aquella época? Sería temerario el afirmarlo. He aquí, sin embargo, lo que destruía todas las seguridades pacíficas: en Berlín se quería la paz, pero con la condición tácita de organizar libremente todos los países germánicos. Uno de nuestros agentes diplomáticos escribía en 1867: «Parece que quieren hacer de Alemania una especie de arca santa puesta fuera de toda intervención internacional, y aplicar al centro de Europa la doctrina de Monroe (2).» De ahí derivaba una situación singular: sin dejar de negar toda intención de lucha, se seguía el camino en que el choque era inevitable.

En el público alemán se observaba una curiosa mezcla de arrebatos altivos y de señales tranquilizadoras. Un día, en Stettin, nuestro agregado militar fué insultado y, por patriotismo, guardóse muy bien de hacer público el insulto, temeroso de suscitar un altercado lleno de peligro (3). Las publicaciones y las conversaciones íntimas revelaban á intervalos la más provocadora jactancia. En Berlín se exhibían mapas en que Alsacia se hallaba englobada en el territorio germánico. «Esta no era, decían en Berlín, más que una pequeña Alemania cosida dos siglos atrás á Francia.» Hasta entre los funcionarios, generales y diplomáticos notábase una especie de temeraria presunción que anunciaba la lucha próxima y el aniquilamiento de la grandeza francesa. A veces el pronóstico se insinuaba medio en broma, medio en serio. A fines de 1868 el Sr. de Schleinitz, ministro de la casa real, decía á madama de Pourtalès: «Tened la seguridad, señora condesa, de que antes de diez y ocho meses vuestra Alsacia habrá vuelto á formar parte de la patria alemana, y cuando vayamos á presentaros nuestros respetos en la Robertsau, tendremos la satisfacción de estar en nuestra casa (4).»

El gobierno no dejaba de reprender á los que predicaban demasiado abiertamente la guerra. En el Reichstag y en la Cámara prusiana se formulaban frecuentes quejas contra las cargas militares, y al oír ciertas lamen-

(1) *Las Alianzas del Imperio* (*Revue des Deux Mondes*, 1.º de abril de 1878, pág. 494).

(2) Véase Rothán, *L'Affaire du Luxembourg*, pág. 484.

(3) Coronel Stoffel, *Rapports militaires*, pág. 338.

(4) General Ducrot, *Vie militaire et correspondance*, tomo II, página 272.

taciones, hubiera podido hacerse la ilusión de que se hallaba uno en el Cuerpo legislativo francés (5). Desde las riberas del Báltico hasta las orillas del Mein, burgueses y campesinos se acordaban de los muertos de Sadowa y temblaban á la idea de nuevas batallas. En verano, cuando nuestros compatriotas iban á las estaciones termales de las márgenes del Rin, sentíanse envueltos en una atmósfera de cortés simpatía, y les parecía que la jactancia prusiana se fundía en la bondad alemana; se fraternizaba cerca de las *Fuentes*: en aquel cuadro de la Germania pensativa y pastoral, todas las imágenes de la guerra se debilitaban, y como de una y otra parte se repudiaba toda idea de agresión, á la gente no le costaba trabajo persuadirse de que la crisis no estallaría jamás.

El rey era el verdadero dueño de la paz ó de la guerra. Pero ¿quién se hubiera atrevido á deducir de su lenguaje un pronóstico seguro? En sus discursos de aparato, no escatimaba las buenas palabras. Se expresaba en términos cordiales, hasta afectuosos, respecto al emperador y la emperatriz. Tenía con Benedetti las atenciones más delicadas. Anciano benévolo y amable, dejaba ver al público un rostro sereno que ningún cuidado parecía turbar. Hubiera habido optimismo en fiarse de estas apariencias. Uno de los diplomáticos que mejor conocieron al rey Guillermo decía de él: «Nadie puede formarse idea de la atmósfera política por el aspecto exterior del rey; porque sabe conservar toda su amabilidad hasta en los momentos más difíciles (6).» Bajo el monarca, siempre correcto y cortés, se ocultaba el patriota prusiano. Ambos personajes se completaban admirablemente. A los discursos conciliadores sucedían las arengas místicas, inflamadas, llenas de recuerdos belicosos. Todos los servicios eran objeto de una atenta solicitud, pero particularmente los de los veteranos que habían figurado en la toma de armas de 1813. Levantados los ojos hacia Dios y puesta la mano en el puño de la espada, el rey amenazaba vagamente á un enemigo que no nombraba, pero que no hallándose en San Petersburgo, ni en Londres, ni siquiera en Viena, no podía hallarse sino en París.

En torno del monarca hubieran podido observarse las mismas corrientes contrarias. El que encarnaba en toda su rudeza el militarismo prusiano era el príncipe Federico Carlos. Sin embargo, la paz tenía sus defensores: en primer lugar la reina, cuya influencia no correspondía á su inteligencia ni á su corazón, y en segundo lugar el príncipe real, que personificaba en la corte la opinión liberal y el espíritu progresista. Se había dejado imbuir en las ideas y costumbres inglesas, y sus compatriotas más exclusivos no daban mucho de reprocharle estas tendencias como si se tratase de una deserción. Cumplía con sus deberes de soldado, correctamente cual conviene á un príncipe prusiano, pero sin vocación y sobre todo sin pasión. Aludiendo un día á la actividad militar del rey, dijo al coronel Stoffel: «Admiro á mi padre, pero no sé si tendré su valor.» Los combates de 1866, á pesar de haber él desempeñado en los mismos un papel considerable, habían grabado en su alma una

(5) Véase Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo VII, *passim*.

(6) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, 2.ª serie, tomo I, página 49.